



Rvdo. Beverly Carradine
1848-1931

***COMO YO OBTUVE LA BENDICIÓN
DE LA SANTIFICACIÓN ENTERA***

por Beverly Carradine

MIS RAZONES POR ESCRIBIR

Beverly Carradine

Mis razones por escribir sobre el tema de la santificación entera, son las siguientes:

PRIMERO: Deseo ayudar a personas que como yo, han vivido en una cierta clase de servidumbre todos los años de su vida cristiana deseando un reposo espiritual, perfecto, sin saber como lograrlo. Me dirijo a ellos.

SEGUNDO: Escribo a los jóvenes de la nueva generación. Ellos necesitan ser enseñados en cuanto a esa doctrina. Si nosotros no les ayudamos a comprender lo que nuestros ancianos y padres han sabido, ¿qué ha de ser el futuro de estos preciosos jóvenes?

TERCERO: Plenamente consciente de mis propias debilidades e indignidad, me dedico a abogar por una experiencia que me llena y me conmueve al escribir de ella. Me constituyo defensor y sustentador de una doctrina que sé es verdadera porque ha sido transformada en una realidad bendita en mi propia alma y en mi vida. “Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo”. Una sola experiencia de la vida regenerada y santificada vale más que diez mil teorías.

CUARTO: Con razón puede decirse que no existe un conocimiento correcto y general de la santificación entera como algunos creen. Hay miles que ignoran cuál es la entrada a la vida santificada y otros miles ignoran la naturaleza de la bendición misma. Si se les pregunta de qué se trata, nueve de cada diez de ellos contestarán que significa crecimiento en la gracia, a pesar de que las Escrituras claramente enseñan que el crecimiento es la obra del hombre y la santificación es la obra de Dios.

Por estas razones escribo y hablo de cosas que he visto y experimentado.

COMO YO OBTUVE LA BENDICIÓN DE LA SANTIFICACIÓN ENTERA

por Beverly Carradine

Yo siempre había creído en la doctrina en una manera general e indefinitiva. Es decir, yo reconocía que estaba de acuerdo con las doctrinas de la iglesia y las biografías de hombres y mujeres piadosos; pero me costaba verla en la vida y experiencia de personas que profesaban la bendición. Tenía mis prejuicios o tal vez confundía la ignorancia y flaqueza humana en el pecado. Por lo tanto no podría más que fallar en mis juicios y conclusiones, tal como anteriormente siendo pecador, yo había fallado en cuanto a mi estimación del hombre convertido.

En los primeros años de mi ministerio, nunca tuve la dicha de estar al lado de un predicador santificado. Jamás escuché un sermón sobre la santificación entera hasta este mismo año. Cual Moisés, yo contemplaba la vida prometida desde la cumbre del monte Pisga pero me bajaba de la montaña temiendo y sintiendo que nunca entraría en la buena tierra.

A pesar de mi poca comprensión de la santificación entera de vez en cuando en mi vida yo me había juntado con cierta clase de cristianos en cuyo rostro noté marcas y líneas, algo muy especial – la caligrafía divina que no aparece en el rostro de todo cristiano. Había algo indefinible en su persona; una solemnidad y a la vez una dulzura de modo, una quietud de espíritu, un reposo, algo no terrestre, un retiro de las cosas de este mundo, que me hizo sentir y saber que ellos disfrutaban una vida y una experiencia que yo no tenía, que ellos conocían a Dios en forma que yo ignoraba y que ellos habían recibido un secreto del Señor que a mí no había sido revelado. A pesar de no haber escuchado a predicadores santificados ni sermones sobre el tema, estos rostros y vidas mantuvieron viva mi fe en la doctrina y no permitieron que yo la perdiera. Además, habían en mi propio corazón convicciones en cuanto a la naturaleza de la vida del predicador. En este mismo año, un mes antes de mi santificación, de repente se me sobrevino una comprensión de la santidad y responsabilidad de mi trabajo como ministro. Me impresionó y me entristecí mucho al ver mis fracasos y pocos resultados en mi ministerio. Esto me hizo clamar fuertemente a Dios. A más de eso una visión de un reposo continuo de alma y un poder espiritual perenne, vez tras vez se me presentaban muchas veces durante los trece años en los cuales diariamente disfrutaba la paz de Dios.

Una mañana después de haber predicado a las once en unas conferencias, el autor se presentó al altar como penitente, convencido de nuevo bajo su propio sermón que él no era lo que debía de ser, tampoco lo que Dios quiso que fuera y era capaz de hacerlo. Mi alma se esforzaba por lograr lo que propiamente se llama “la segunda bendición”. Fui convencido por el Espíritu Santo de la presencia del pecado innato en mi corazón justificado.

Hace varios meses celebramos conferencias en nuestra iglesia. En todos los cultos de la mañana, el evangelista invitado predicó sobre el tema de la santificación entera. Claramente presentaba la experiencia como una obra de gracia alcanzada instantáneamente por medio de la consagración y fe. Antes de que yo recibiera la bendición, noté claramente la presencia y el poder del Espíritu Santo en los servicios. Una mañana mientras el evangelista presentaba la doctrina, él recibió un bautismo de gloria que durante algunos momentos le dejó agobiado; y mientras estuvimos de rodillas suplicando y pidiendo esta santificación instantánea, el Espíritu Santo cayó sobre diferentes personas en la congregación y gritos de alegría y exclamaciones de

éxtasis, se elevaron entre ellos de manera inolvidable. La presencia de Dios se hizo sentir tan palpablemente que razoné de este modo: Aquí se está presentando la doctrina de la santificación instantáneamente por fe. Si fuera una doctrina falsa, ¿se manifestaría Dios de esta manera? ¿Descendería el Espíritu Santa aprobando cosa mentirosa? ¿No retira invariablemente su presencia del predicador y pueblo cuando se presenta una doctrina falsa? Pero aquí, él se estaba manifestando de manera admirable. El culto dedicado a este tema es el culto sobresaliente de todos. La unción divina reposa sobre el servicio. Rostros resplandecientes abundan. Cristo se echa de ver en todos los rostros. Si la santificación obtenida instantáneamente fuera una doctrina falsa, ¿no estaría el Espíritu Santo engañando al pueblo por concederles su presencia y favor y testificando su aprobación de un error doctrinal? Pero, ¿nos engañaría el Espíritu en esa forma? Irresistiblemente y con convicción creciente, fui llevado a ver que la verdad se estaba presentando desde el púlpito; y que el Espíritu Santo que siempre honra la predicación de la verdad, constantemente reposaba sobre el sermón sobre el predicador y sobre el pueblo y todo eso porque en realidad era la verdad. Por medio de esta manifestación maravillosa de su presencia y poder en cada uno y en todos los cultos de santidad, él indudablemente manifestaba su aprobación y testificaba que la doctrina que nos encantaba es de Dios y es verídica.

Era durante esa semana que al autor comenzó a buscar la bendición de la santificación entera. Siguiendo las indicaciones, él consagró todo a Dios - cuerpo, alma, reputación, salario y en verdad todo. Sintiendo claramente haber sido justificado y teniendo paz con Dios, no tuvo que enmendar la vida ni que pedir perdón por pecados. Perdón había recibido y perdón gozaba, de manera que no era eso lo que buscaba. Pero el pecado innato me molestaba - me había molestado durante todos los días de mi vida de convertido - algo que molestaba en mi vida cristiana. Es conocido por nombres como “pecado original”, “depravación”, “restos de pecado”, “raíz de amargura e incredulidad”, y por Pablo es llamado “el hombre viejo”. Esta cosa, en cierto grado, molesta y perturba a todo hombre convertido. Téngase bien presente, yo no digo que le obliga a pecar, porque esta naturaleza se puede mantener en sujeción en la vida del hombre regenerado. Sin embargo, siempre trae molestias y frecuentemente le inclina hacia el pecado. Le conduce a hablar imprudentemente, al mal genio, a sentimientos amargos, a dudas, a sospechas y críticas, a amor de adulación y al temor del hombre. A veces, momentáneamente, el alma responde a ciertas tentaciones que siempre resulta con un sentimiento de molestia, junto con cierta medida de condenación. Todos estos pueden ser y son vencidos por el hombre regenerado; pero siempre hay una batalla con sus heridas; y frecuentemente, después de la batalla, un sentimiento en el alma que su victoria no fue perfecta. Es algo que a veces hace que la devoción sea aburrida, que la lectura de la Biblia sea superficial, y que la oración sea más bien el cumplimiento de algún rito en vez de una hora de comunión con Dios. Hace que la asistencia en los cultos sea espasmódica y no permita que en el alma haya un reposo constante y continuo. Ciertamente reposo hay; pero no es continuo, invariable y permanente.

Ahora yo deseaba ser librado de este principio. Lo que yo deseaba no era el poder de autodomínio (eso yo ya tenía) sino más bien un espíritu natural e inconscientemente manso - no tanto un poder que me guardaba del pecado, sino la muerte del pecado. Deseaba poder voltear al pecado y al mundo, el ojo, oído y corazón de hombre muerto. Yo deseaba amor perfecto para con Dios y para con el hombre - un reposo perfecto en mi alma a todo tiempo. Y rogaba a Dios que consumiese, como si fuera por fuego, la cosa que molestaba mi vida. Jamás pedí a Dios que

me perdonara. Eso disfrutaba en mi alma. Era purificación, destrucción de pecado lo que yo deseaba. Mi oración era para la santificación.

Después de la batalla de consagración, vino la batalla de fe. Ambos preceden la victoria perfecta de la santificación. Vana es la consagración sin fe. La consagración sin fe no puede traer la bendición; por lo tanto, es posible que hayan hombres consagrados durante todos sus días que nunca disfruten la bendición de la santificación. Forzosamente se tiene que creer que tal obra existe para poder experimentarla. Las palabras siguientes eran base de mi fe: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. Sí, la sangre limpia de todo pecado, sea personal o innato. ¿Puedo creerlo? ¿Estoy dispuesto a creerlo? Mi incredulidad ciertamente me va a excluir de la bendición; mi fe ciertamente me va a incluir en la bendición. En el momento en que adjuntamos una fe perfecta con una consagración perfecta la obra es hecha y la bendición viene. De acuerdo con San Pablo: “Los que hemos creído entramos en el reposo”.

Durante casi tres días, yo vivía en un estado constante de fe y oración. Creía a Dios y en la mañana del tercer día, el testimonio del Espíritu me fue dado. Era más o menos a las nueve de la mañana. Había pasado las horas desde el amanecer en meditación y oración. Me encontré solito en mi cuarto en el espíritu de oración, en profunda paz y amor, en la plena esperanza de fe, cuando de repente sentí que la bendición venía. Por algún instinto o sensibilidad del alma, reconocí el acercamiento y descenso del Espíritu Santo. Mi fe se levantó para recibir la bendición. Inmediatamente me hallé postrado bajo el poder de Dios. Exclamé vez tras vez: “¡Dios mío, Dios mío, gloria sea a ti!”, mientras las olas de gloria y de fuego inundaban mi alma con fuerza creciente. La experiencia era una de fuego. Reconocí que era el bautismo de fuego. Sentí que me consumía. Reconocí que era la santificación entera. La conocí como si su mismo nombre fuera escrito sobre sí, y sobre cada ola de gloria que pasaba sobre mi alma.

¿No puede Dios dar testimonio a la pureza del corazón tal como testifica al perdón de pecado? El indica lo que al predicador le conviene predicar. Le guía fielmente en la selección de sus textos y sus temas. Testifica al hombre de su conversión. ¿No puede él testificar en cuanto a la obra de santificación?

Yo supe que Dios me había santificado, tal como hacía quince años supe que Dios me había perdonado. Lo supe, no solamente por la obra misma en mi alma, sino por él que lo había producido. El Espíritu Santo dio testimonio claro, irrefutable y poderosamente; y a pesar de que varios meses han pasado desde aquella bendita mañana, el testimonio del Espíritu Santo en cuanto a su obra, no se me ha quitado un solo momento.

En los capítulos que siguen deseo demostrar que la bendición de la santificación se puede distinguir de otras bendiciones; que es obra instantánea; que se recibe sólo por la fe; que el Espíritu Santo testifica clara y específicamente en cuanto a la obra en la vida; y que un hombre santificado es llamado a publicar o predicar de la bendición. Con especialidad, quiero presentar la vida tranquila y sin disturbios; un reposo perfecto y constante en el alma, frutos de la bendición de la santificación entera.